



Vol. I, Número 1

Invierno 2009

Ticket to Ride
(Some ways to play my tunes).

Carlota Caulfield

A Taste of my Life

Bola en mi corazón

El villancico catalán “Lo desembre congelat” que Bola de Nieve interpretaba con su voz de tiple, hacía las delicias de mi abuela Mercé Jover (Nena), y ella también lo cantaba con su linda vocecita mezzosoprano. Pero para Nena no había nadie como Ignacio Villa, a quien agradecía que, gracias a ese villancico, algunos de sus recuerdos infantiles revivieran en tierras tropicales. Bola de Nieve, un ilustre hijo de Guanabacoa, se mencionaba en casa a menudo. Todos lo adoraban.

Después de mi abuela, venía Ada, mi madre, que se sabía de memoria varias de las canciones que él cantaba. Por ejemplo, Ada me cantaba a la hora de dormir la famosa “Drume negrita” de Eliseo Grenet, y a veces, cuando quería cambiar el repertorio, desafinaba un poco, pero con gracia, con aquellas preciosísimas canciones, escritas por el mismo Bola, como “¡Ay, amor!” y “Si me pudieras querer”. A mí la que me gustaba era el pregón “El botellero”, con su “¡Botellero!... que ya me voy.../ aquí me ves cambiando / los pirulíes por botellas / a la puerta de un colegio / del barrio de Cayo Hueso/ ¡Botellero!...que ya me voy...!”

Aunque yo no vivía en Cayo Hueso, sino en el Vedado, muy cerca del mar, el pregón era parte de mi cotidiano universo infantil. El pregonero de mi barrio se llamaba Pedro, y no recuerdo que cambiara botellas por globos, pero sí por pirulíes de fresa, menta, mantecado... que eran una de mis delicias, a escondidas de mis padres. El botellero, uno de los personajes fabulosos de mis memorias, nunca me ha abandonado. También lo es el heladero Juan, el gallego, y Pancho y su burro Bartolo, pero de ellos no hablaré ahora, ya que quiero regresar a Bola de Nieve, en el seno de mi familia.

En cuanto a mi padre, aunque no cantaba, a pesar de su sangre irlandesa, era un apasionado de “Be careful, it’s my heart” de Irving Berlin, que el Bola interpretaba como nadie. Pero hay más sobre mi padre y el versátil maestro de Guanabacoa. Mi padre lo había conocido en México en 1933, cuando el pianista acompañaba a Rita Montaner, otra de las artistas admiradas en mi familia. Mi padre era por ese entonces un jovencito enamorado de una actriz mexicana. De La Habana Francis-Francisco Caulfield se había lanzado al abismo de una pasión sin fronteras, de ahí quizás su amor también por el cine mexicano. Y es así que, en medio de aguas tempestuosas, mi padre disfrutó en el D.F. de la grata compañía de algunos artistas cubanos.

De esta forma, Bola de Nieve pasó a habitar el universo de mi mitología infantil hasta mis siete años en que lo conocí en la misma puerta de mi casa. Sorpresas fantásticas de esta vida. Yo estrechando la mano del pianista, mientras mi padre le decía lo mucho que yo lo admiraba. Lo recuerdo como un agradable conversador al que no le dije nada; al que sólo sonreí. Mi padre y él recorrieron muchas geografías que empezaron en México y terminaron en New York, de donde Francis había acabado de llegar, en uno de sus tantos viajes a esa ciudad, para que el Bola siguiera su viaje hacia arriba, es decir, subiera las escaleras, que en el edificio de mi padre lo llevarían al famoso *penthouse* del fotógrafo De Cámara, donde se daba una fiesta.

¿Encuentro casual? ¿O fue todo un plan del botellero Pedro?

Bola in my Heart

The traditional Catalan Christmas carol, “Lo desembre congelat” (The Freezing December), which Bola de Nieve used to interpret with his falsetto voice, was the delight of my grandmother, Mercé Jover (Nena) and she also sang it in a lovely mezzo-soprano voice. But for Nena there was no one like Ignacio Villa, to whom she was forever grateful, because thanks to that song, some of her childhood memories came to life again in the tropics. Bola de Nieve, a famous native son of Guanabacoa, was often mentioned at home. Everyone adored him.

Besides my grandmother there was my mother, Ada, who knew many of the songs he sang by heart. For example, at bedtime she would sing to me the famous “Drume negrita” (Sleep my Little Black Girl) by Eliseo Grenet, and sometimes, to change her repertoire, she would sing charmingly off key, the beautiful songs written by Bola himself, such as “Ay, amor” (Ay, My Love) and “Si me pudieras querer” (If You could Love Me). The one I liked was the street vendor’s cry, “El botellero” (The bottle man) with his cry “Bottle man!...now I’m leaving.../ here I am exchanging/ pirulies for bottles/ at the school door/ at Cayo Hueso/ Bottle man!... I’m on my way.”

Although I lived in Vedado, very close to the ocean, rather than in Cayo Hueso, that cry was part of my everyday childhood universe. The bottle man in our neighborhood was named Pedro, and I don’t remember that he gave balloons in exchange for bottles, but he did give *pirulies*, strawberry, mint, buttercream, which I enjoyed behind my parents’ backs. The bottle man is one of the colorful characters of my memories, which I have never forgotten. Another one is Juan, the Galician ice cream vendor, and Pancho with his donkey, Bartolo, but I won’t speak of them at this point, since I want to return to Bola de Nieve, very close to the heart of my family.

My father, although he did not sing (in spite of his Irish blood) was crazy about “Be Careful, it’s My Heart,” by Irving Berlin, which Bola sang like nobody else. But there is more about my father and the versatile artist from Guanabacoa. My father had met him in Mexico in 1933, when the pianist accompanied Rita Montaner, another of the artists admired by my family. At that time my father was a young man in love with a Mexican actress. From Havana, Francis (Francisco) Caulfield had jumped into the abyss of a crazy passion beyond borders, which probably contributed to his love for Mexican films. And

that is how, in the midst of stormy seas, my father enjoyed the pleasant company of several Cuban artists in the Mexican capital.

This is how Bola de Nieve came to reside in the mythology of my childhood, until I turned seven and met him at my own doorstep—one of those fantastic surprises that life gives us. I shook hands with the pianist, while my father told him how much I admired him. I remember he spoke pleasantly to me, although I said nothing to him and only smiled. He and my father talked about many places, starting with Mexico and ending in New York. My father had just returned from one of his many trips to that city, and Bola continued his trip upward, that is, he went up the stairs, which in my father's apartment building led to the famous penthouse of the photographer, De Camara, where a party was in progress.

A chance encounter? Or was it all planned by Pedro, the bottle man?

How many Cubans are there of Irish ancestry?

Buscando su destino, mi padre se mudó a New York en los años cuarenta y aprendió a fabricar brillantinas de color azul, rojo y dorado —exquisiteces para el pelo. En sus ratos de ocio, cuando lograba escapar de su cautiverio alquímico, se iba a escuchar música cubana en el Park Plaza de Manhattan. Tiempos felices aquellos y tema de conversación años más tarde conmigo, tan curiosa por geografías y convencida desde temprana que mi padre era un personaje de fábulas.

Hace unos días, escuchando el CD “Cuban Blues” de Chico O’ Farrill me acordé de que en el New York de aquellos cuentos, el de mediados de los años cuarenta, Chico y mi padre se habían conocido en uno de los conciertos de la Orquesta Siboney en el Club Cuba de Manhattan, para volverse a encontrar en La Habana a mediados de los cincuenta. Los *jam sessions* en la terraza de la casa de Chico en la Calle D del Vedado, nuestro barrio, se hicieron tan famosos, que hasta mi padre, un desapasionado del jazz afrocubano, no podía dejar de “caer” de vez en cuando por la tan sonada terraza. Escucho la “Rhumba Abierta” de la “Afro-Cuban Jazz Suite” de Chico y de pronto me imagino a Chico de regreso en New York, haciendo instrumentaciones para Count Basie y Ringo Star, y yo convertida en una *fan* de The Beatles en La Habana de mi adolescencia.

How many Cubans of Irish ancestry are there?

In the forties my father moved to New York in search of his destiny. There he learned to make brilliantine in blue, red and golden colors—to give a beautiful sheen to the hair. In his free time, when he could break free from his alchemistic captivity, he would go to listen to Cuban music at the Park Plaza Hotel in Manhattan. Those were happy times, and years later became a topic of conversation with me, always so curious about foreign lands and convinced early on that my father inhabited a magical world.

A few days ago, while listening to a CD of “Cuban Blues” by Chico O’Farrill, I remembered that in the New York of those stories of the mid-forties, Chico and my father had met at one of the Siboney Orchestra’s concerts at the Club Cuba in Manhattan, and

saw each other again in Havana in the mid-fifties. The jam sessions on the terrace of Chico's house on D Street in Vedado, our neighborhood, became so famous that even my father, not particularly fond of Afro-Cuban jazz, couldn't resist dropping in once in a while at the much-talked-about terrace. I listen to the "Rhumba Abierta" of Chico's "Afro-Cuban Jazz Suite," and then I imagine Chico back in New York, doing arrangements for Count Basie and Ringo Starr, and I see myself turning into a Beatles fan during my teenage years in Havana.

The Beatles con mucho ritmo

Escuchar *A Hard Day's Night* fue para mí el *satori* de mi adolescencia. The Beatles se convirtieron en mis maestros Zen, y mi cuarto en un templo de meditación. Después me empezaron a rondar fantasías de quererme ir a Londres, y desde ese momento una bandera inglesa me acompañó, a manera de amuleto, a todas partes. Las tribulaciones de la vida en Cuba se me hicieron más llevaderas, y cada vez que mis fuerzas flaqueaban, un toque a la bandera mágica me energizaba por días. Por ese entonces, mi madre, ahora viuda, y yo, vivíamos en una casa modernista de La Víbora. Sin embargo, a pesar de la lejanía de mi querido Vedado, me las arreglaba para mantener una doble vida: de lunes a viernes asistía a la Secundaria del Vedado, mientras mi madre se iba a su laboratorio-perfumería de la Calle F.

Por las tardes y los fines de semana mi vida se transformaba en “pura víbora”, con mi pandilla de muchachos rebeldes (Armando, Pepe y Marañoncito) en las escapadas de *beatlemania* que causaban el desespero de mi madre, quien para colmo de males, un día descubrió una misiva (a la que ella calificó de carta amorosa) que yo le había escrito a John Lennon, invitándolo a reunirse con sus *fans* de La Víbora. Lo que hoy me hace reír me costó un encierro de varios días bajo el ojo de Silvina, nuestra ama de llaves, cocinera, y carcelera feliz. Mi madre, que nunca se cansaba de vigilarme, me preguntaba cada día cuáles eran mis planes con el tal Lennon, y qué si yo no me daba cuenta de mi edad, y que el tal Lennon difícilmente iba a ir a Cuba a casarse conmigo. Bueno, así es la vida de trági-cómica.

The Beatles llegaron a mi vida gracias a mi prima Mercy Montoulieu, en ese entonces residente en Puerto Rico. Vía valija diplomática, Mercy me envió primero el *long playing I Want To Hold Your Hand*, y así más y más discos, hasta convertirme en la *fan* más *fan* de The Beatles, y por ende en la muchacha más popular de El Vedado —a donde ya mi madre y yo habíamos regresado a vivir de nuevo— y en una soñadora desmedida. Así sobreviví por años el derrumbe que me rodeaba, mis pérdidas familiares, mi adolescencia: *Please*, no quiero café, sólo té y té, *only*.

Las fiestas clandestinas que se daban en nuestra casona de la Calle 10 le dieron sentido a la vida de muchos de mis amigos, y también a la mía, tan dada a bailar rock, y a twistear hasta el agotamiento. En ese entonces mi grupo de secundaria era muy internacional: un griego, una polaca, dos norteamericanos, un sueco y muchos cubanos: Sí, bailar, bailar. Cantar en inglés mientras inventábamos palabras con “Things We Said Today”, “Love me do”, “I want to hold your hand”. Privilegios los nuestros gracias al dinero y a la lucha feroz contra una vida de prohibiciones. Y así, así, The Beatles como mantra contra el veneno político, contra la escasez, contra el encierro obligado en la isla. The Beatles como escudo contra novios aburridos, contra Clemente, el horroroso maestro de matemáticas, contra mi tremenda soledad. Y más, yo en la mirilla de los chivatos, de los envidiosos, de los roba-discos “I Should Have Known Better”.

Hace unos meses, en Oslo, mi amiga Erika me recordaba que mi “arrebato beatleriano” era tan tremendo que yo siempre usaba unos espejuelitos redondos de aro dorado, exactos a los de John Lennon. De mis espejuelos metálicos se habló mucho, y fueron la admiración de jóvenes y viejos, y la risa de mi madre. Hoy tengo frente a mí

una fotografía de mi madre, muy sonriente, sentada en un banco del parque habanero de 15 y 8 (a una cuadra de nuestra casa), el que comparte con una estatua de bronce de John Lennon. Mi madre tiene puesta una mano sobre una de las rodillas del músico, mientras él le lanza, desde detrás de sus espejuelos de metal, una mirada medio asombrada, como si le preguntara, ¿señora, a qué viene su atrevimiento?

De los espejuelos metálicos de John se ha hablado mucho en La Habana. Robados innumerables veces por ladrones adolescentes que quizás, como yo, tan sólo quisieron romper con la monotonía de una existencia opresiva, ahora, por mandato oficial, las gafas metálicas han sido soldadas a las orejas del músico. En la foto, John mira a mi madre, mi madre me mira a mí, y así las prohibiciones y confusiones del pasado se inscriben en papel fotográfico, mientras leo: “La estatua parece que está viva. ¿Te acuerdas, Carlota, de tu locura por los Beatles?” Pura complicidad la nuestra. La sonrisa de mi madre sirve como detonador para encontrarme en el año 1966, frente al espejo de mi cuarto, vestida con un traje de sastre, de lacito y cuello medio chino. Traje Beatle, traje diferente, que Emerita, la modista de mi madre, me había diseñado inspirada en uno similar que lucían los músicos en la carátula de uno de los discos de mi colección. Satisfecha con su obra maestra, Emérita no dejó ya nunca más de preguntarme cómo estaban mis amigos John, Paul, George y Ringo.

¿Y mis amigos? Bien, gracias. Siempre en mi corazón. Sin haberlos nunca abandonado del todo, mi pasión por The Beatles quedó por varios años relegada a la memoria, y a escucharlos, muy de cuando en cuando, en medio de ataques de nostalgia por mi adolescencia, por mi casa del Vedado, por mis espejuelos de metal, y por mi roquear apasionado. Pero “mi gran pasión” no se había apagado y renació con vigor de adolescencia, gracias al actor galés David Summer, mientras vivía en Londres, durante el año 2002. Una tarde de septiembre, en un momento de nostalgia súbita por el pasado, el flat de 37 Merton Road se iluminó con el “Oh! Darling” de *Abbey Road*, mientras “Because” me lanzó a escribir varios poemas. Después, como si fuera poco para ese inesperado “return to my teenager days”, el destino hizo que, en Barcelona, mi amigo Senén me regalara el CD *Count Basie & His Orchestra. Basie on The Beatles*, un verdadero descubrimiento para mí. Y cuál no sería mi sorpresa californiana al regresar de Europa cuando mi amigo Manolo me deslumbró con *Here comes...el Son, Songs of The Beatles...with a Cuban Twist*, un CD magistral con música de los Beatles a ritmo de son, con el que canto como beatlemaníaca consagrada un “Hello Goodbye” muy cubano: *Please* no quiero *tea*, sólo café y café *only*.

The Beatles with a Beat

To listen to “A Hard Day’s Night” was, for me, the *satori* of my teenage years. The Beatles became my Zen masters, and my room became a temple of meditation. Later, I started dreaming about going to London, and from that moment on, an English flag accompanied me everywhere like an amulet. The trials and tribulations of my life in Cuba became easier to bear, and every time I felt powerless, one touch of the magic flag would energize me for days. At that time, I lived with my mother, now widowed, in a modern style house in La Vibora (the viper). Nevertheless, I managed to have a double life: Monday through Friday I attended high school in Vedado, while my mother was working in her perfume laboratory on F Street.

In the evenings and on weekends my life became pure “vibora” with my gang of wild boys (Armando, Pepe and Marañoncito) and our beatlemania escapades, which drove my mother crazy. The last straw for her was when she discovered a letter (that she read as a love letter) which I had written to John Lennon, inviting him to meet with our wild group of fans in La Vibora. What I now laugh about caused me to be grounded for several days under the watchful eye of Silvina, our housekeeper, cook and happy jailer. My mother, who watched over me constantly, would ask me every day about my plans with that Lennon guy, and whether I realized how young I was and how hard it would be for that Lennon guy to come to Cuba to marry me. Well, that’s how tragicomic life is.

The Beatles came into my life thanks to my cousin, Mercy Montoulieu, who at that time was living in Puerto Rico. Mercy sent me the LP of “I Want to Hold Your Hand” by way of the diplomatic pouch. This was followed by more and more records until I became the most fanatic fan of The Beatles and, as a result, the most popular girl in El Vedado--where we had now returned to live--as well as a dreamer of limitless dreams. For years that was how I survived the disintegration that surrounded me, family losses, adolescence: Please, I don't want coffee, just tea and only tea.

The secret parties held in our house on 10th Street gave meaning to life for many of my friends and for me, since I loved dancing to rock and roll and doing the twist to the point of exhaustion. At that time my high school group was very international: a Greek, a Polish girl, two North Americans, a Swede and many Cubans: Yes, dance, dance. Sing in English while we invented words with "Things We Said Today," "Love Me Do," "I Want to Hold Your Hand." Our privileges came from a combination of money and a fierce struggle against a life of prohibitions. That was how The Beatles became a mantra against political poison, scarcity, forced confinement on the island. The Beatles as a shield against boring boyfriends, against Clemente, the horrible math teacher, against my tremendous loneliness. What's more, I was in the crosshairs of the informers, of the envious, of the record-thieves "I Should Have Known Better."

A few months ago in Oslo, my friend, Erika, reminded me that my beatlemania was so intense that I always used eyeglasses with round gold frames exactly like John Lennon's. My wire-framed eyeglasses were much talked about and admired by young and old, and laughed at by my mother. Today I look at a photograph of my mother, smiling broadly, sitting on a bench in the Havana park located at 15 and 8 (a block from our house) next to a bronze statue of John Lennon. My mother has one hand on the

musician's knee, while he looks at her from behind his wire-framed eyeglasses, a rather surprised look, as if to ask, "Lady, why are you being so bold?"

John's wire-framed eyeglasses were much talked about in Havana. Stolen countless times by teenage thieves who perhaps, like me, only wanted to break the monotony of an oppressive existence. Now, by official mandate, the metallic glasses have been soldered to the ears of the musician. In the photo, John looks at my mother, my mother looks at me, and so the prohibitions and confusions of the past are recorded on the photographic paper, while I read: "The statue seems to be alive. Do you remember, Carlota, how crazy you were about The Beatles?" Ours was a conspiracy. My mother's smile acts as a detonator to send me back to 1966, looking at the mirror in my room, wearing a tailored suit with a "lacito" and Chinese style collar. A Beatle suit, an unusual suit, which my mother's dressmaker had designed for me, inspired by a similar one worn by the musicians on the cover of one of the records in my collection. Pleased with her masterwork, Emerita was always asking me how my friends John, Paul, George and Ringo were.

And my friends? Fine, thanks. Always in my heart, without completely abandoning them, my passion for The Beatles was relegated for many years to memory and to listening to them only occasionally in the midst of waves of nostalgia for my adolescence, my house in Vedado, my wire-framed spectacles and my passion for rock. But my "grand passion" had not died, and it was reborn with teenage vigor, thanks to the Welsh actor David Summer, while I was living in London in 2002. One September afternoon, in a moment of sudden nostalgia for the past, the flat at 37 Merton Road was illuminated with "Oh, Darling!" from *Abbey Road*, while "Because" impelled me to write several poems. Later, as if the unexpected "return to my teenage days" had not been enough, destiny arranged that in Barcelona my friend Senén gave me the CD of *Count Basie & His Orchestra, Basie on The Beatles*, a real discovery for me. This was followed by a surprise in California when I returned from Europe and my friend Manolo delighted me with *Here Comes...the Son, Songs of The Beatles...with a Cuban Twist*, an outstanding CD with music from The Beatles with the rhythm of the "son," which I sing along to like a true beatlemaniac a very Cuban "Hello Goodbye": Please I don't want tea, just coffee and only coffee.

Translated by Angela McEwan and the Author

MILLS COLLEGE